

«Más inversión en cooperación al desarrollo y menos en securización»

José Luis Pinilla, director del Secretariado de la Comisión Episcopal de Migraciones

Carme Munté

Un grupo de 250 subsaharianos intentan atravesar la frontera en Ceuta. Su sueño de pasar a Europa se acerca. Pese al miedo, la ilusión por emprender una vida mejor les empuja. Sin embargo, todo se tuerce. La Guardia Civil, que vigila la frontera, empieza a disparar balas de goma. El caos y el miedo se adueñan de los inmigrantes y 15 de ellos mueren ahogados en el mar. Esto sucedía la madrugada del pasado 6 de febrero. La Iglesia española, a través del Secretariado de la Comisión Episcopal de Migraciones de la Conferencia Episcopal Española, no ha dudado en hablar de vergüenza. Su director, el jesuita José Luis Pinilla, comparte con los lectores de *Catalunya Cristiana* un texto de Eduardo Galeano: desde siempre, las mariposas y las golondrinas y los flamencos vuelan huyendo del frío, año tras año, y nadan las ballenas en busca de otro mar y los salmones y las truchas en busca de su río. Ellos viajan miles de leguas, por los libres caminos del aire y del agua. No son libres, en cambio, los caminos del éxodo humano.

El Papa habló de vergüenza en Lampedusa. ¿Comparte el mismo sentimiento ante la muerte de los inmigrantes en Ceuta?

Desde luego a mí no se me ocurre palabra más fuerte y contundente que la de vergüenza pronunciada por el Papa. Además de esa palabra, colocándome delante de las muertes en el Tarajal de estos días me ha impresionado, además de la tragedia, la permanente lucha de los inmigrantes. Me duele en el alma que también se hayan llevado, si la angustia les deja ser mínimamente conscientes de ello, un sentimiento de haber sido traicionados, de que no era eso lo prometido cuando recibían noticias e imágenes de la vieja Europa desde la sufriente y eternamente joven África. Traicionados, y lo que es peor, impotentes. Como si todos ellos formaran parte de una generación que se viera a sí misma como expulsada.

Vallas, alambradas, pelotas de goma... ¿qué opinión le merecen las medidas de control para evitar la entrada de inmigrantes a España?

A los inmigrantes les abrimos las puertas cuando los necesitamos y se las cerramos cuando su presencia choca con nuestros intereses. Da la impresión de que incluso en la Unión Europea, la adelantada de los derechos humanos, las políticas migratorias ponen el acento en el control de fronteras con medidas de protección y seguridad cada vez más duras y costosas. Las vallas cortantes, que fueron presentadas ya hace tiempo como elementos disuasorios para la inmigración ilegal, han vuelto a ser actualidad.

Estamos convirtiendo España y Europa en una especie de convento de clausura del siglo XVI con pinchos afilados en las ventanas y en las puertas para que no entren en nuestra «clausura» mientras que la oferta de la Iglesia siempre es ir a la causas de esta situación en origen y



«A los inmigrantes les abrimos las puertas cuando los necesitamos y se las cerramos cuando su presencia choca con nuestros intereses»

en tránsito.

Y las causas, sin embargo, son las que pasan inadvertidas...

Así es. Se ha de trabajar por un orden económico internacional que no genere pobreza sobre pobreza, sino que ayude a superarla. Ello implica, por ejemplo, invertir con sentido social en el Sur, especialmente en África, para crear medios de vida allí y no sólo para lograr beneficios a su costa aquí. Es doloroso por ejemplo que la UE haya decidido que a las políticas de integración migratoria se le dedique sólo el 25% del total dedicado a la migración mientras que el trozo grande de la tarta se lo llevan las medidas de seguridad y control: un 75%. ¡Dios mío! Más inversión en cooperación al desarrollo y menos en securización. Muchos dicen que la defensa de nuestras fronteras está desplazándose mucho más al sur... Se externalizan las fronteras pero no precisamente para el desarrollo.

Como sociedad, ¿tenemos que replantearnos el trato dado a los inmigrantes?

Venimos arrastrando una crisis que está repercutiendo en todos los ámbitos y en todas las personas; menos en quienes tienen las espaldas más cubiertas; y más en los más indefensos, que suelen ser los que siempre pagan el pato. Ya veis: los que para nuestro Padre Dios son



los imprescindibles para la realización del Reino son los que estorban en el reinado material del bienestar, cuando la tarta se achica.

Emigrantes y autóctonos decíamos hace un mes que deben caminar hacia un mundo mejor. Pero muchos de los emigrantes no tienen las «espaldas cubiertas»... las tienen «mojadas» como las de los cadáveres de Ceuta. Algunos dicen que están empapadas no sólo de sudor y agua marina. Yo creo que también lo están por el llanto de Dios por sus hijos más débiles.

Como sociedad debemos plantearnos no sólo el seguir insistiendo en la acogida con todo el respeto a los derechos humanos y a la práctica permanente de la hospitalidad que está clavada en la misma Doctrina Social de la Iglesia. No sólo acogida, digo, sino también integración que es la etapa que nos «toca» ahora... O comunión como dice la Iglesia, que es un término que va más allá de considerar

al emigrante sólo desde el punto de vista económico o individual.

En Europa aumenta el discurso xenófobo. ¿Hay que estar alerta para evitar que cuaje?

He estado recientemente en Malta en un reciente encuentro de directores europeos y allí detectaban este riesgo. Pero no hay que olvidar que la inmigración es un dato especial para Europa porque, según nos dijo el delegado de la Organización Internacional de Migraciones allí mismo, el continente necesitará 50 millones de emigrantes en los próximos 30 años... Pero nuestra tendencia es —además de olvidarnos de que hemos sido emigrantes dentro de España, en Europa y América durante mucho tiempo— creer que la integración sólo se construye dando papeles o contestando a cuestionarios. O que se pueda considerar este tema como un banderín de enganche para despertar, políticamente y en comportamientos sociales, rasgos de xenofobia y racismo. De lo peor que puede salir del alma humana.

Hay mucho más que hacer. Y es favorecer propuestas de comunión en todos los espacios: la escuela, el barrio, la parroquia la asociación de vecinos... ahí es donde se juega la integración día a día. Y es que no hay que olvidar que, de hecho, la llegada de emigrantes suscita en las poblaciones locales con frecuencia sospechas y hostilidad.

Los medios de comunicación social tienen un papel de gran responsabilidad: a ellos compete, en efecto, desenmascarar estereotipos y ofrecer informaciones correctas, en las que habrá que denunciar los errores de algunos, pero también describir la honestidad, rectitud y grandeza de ánimo de la mayoría.